



Sánchez Andrés, Agustín - Pérez Herrero, Pedro. *Historia de las relaciones entre España y México, 1821-2014*. Madrid: Universidad de Alcalá - Instituto Universitario de Investigación en Estudios Latinoamericanos (IELAT) - Editorial Marcial Pons, 2015. 367 pp.

Este libro aborda la historia en común de dos países, México y España, desde 1821, fecha en que el primero se independizó del segundo, hasta la actualidad, momento en que las relaciones entre ambos se hallan consolidadas sobre bases de entendimiento y respeto mutuo, tras numerosas tensiones, acercamientos y distancias a lo largo de todo el período. Se sintetizan en estas páginas, pues, casi dos siglos de relaciones diplomáticas, demográficas, económicas, sociales y culturales, dando prioridad a unos aspectos u otros en función del contexto histórico y la disponibilidad de información de cada época. El texto se nutre de una amplia documentación archivística, estadística, hemerográfica y bibliográfica, entre la que destacan especialmente los archivos diplomáticos y las fuentes cuantitativas de organismos económicos de ambos países. Se halla organizado en doce capítulos, tres relativos al siglo XIX y siete al siglo XX y lo que va del XXI, además de un capítulo introductorio -que presenta la visión global e interpretativa del período analizado así como el estado de la cuestión- y otro capítulo más breve de cierre.

La estructura del libro presenta dos partes diferenciadas: una narración continua, la primera y más amplia, que alterna la mirada a la diplomacia bilateral con el análisis de los intercambios de población y las redes económicas, culturales e intelectuales. Esta parte avanza en sentido cronológico, capítulo a capítulo, con una periodización marcada tanto por las principales etapas históricas mexicanas -el tiempo de la Independencia, las décadas centrales del siglo, el Porfiriato, la Revolución- como las españolas -los años de la Segunda República, la Guerra Civil, el Franquismo- hasta llegar a la década de 1970. Una segunda parte, más reducida, presenta un esquema de trabajo distinto debido a la complejidad actual de las relaciones internacionales, lo que obliga a dirigir la atención no solo al lazo bilateral entre México y España sino también al que el país americano ha tejido con la Unión Europea y al que España mantiene con América Latina. Así mismo, los contenidos de sus intercambios desde 1977 hasta 2014 tienen un sesgo marcadamente económico que los autores han podido reconstruir gracias a la existencia de datos seriadados publicados on-line sobre comercio exterior, inversión extranjera directa y flujos poblacionales, entre otros. Estos últimos capítulos alteran, pues, el orden geográfico y temporal sostenido en el texto previamente, al tiempo que introducen un análisis novedoso y pertinente en el contexto de las relaciones hispano mexicanas de estas últimas décadas.

No es la primera vez que varios autores se reúnen para analizar globalmente los vínculos entre estos dos países, pero sí es la primera que se hace de forma completa y equilibrada desde sus inicios hasta el presente. Pedro Pérez Herrero y Agustín Sánchez Andrés tienen la ventaja de ser ambos expertos conocedores de la historia com-

partida de España y América, en general, y de México en particular, y especialistas en el período independiente de construcción del Estado nación contemporánea. Esto les ha permitido presentar en primera instancia un apretado trabajo de síntesis de un largo período bastante abordado ya por la historiografía -tanto por otros autores como por ellos mismos- y plantear en un segundo tiempo un estudio original basado sobre todo en fuentes estadísticas respecto a cuestiones sobre las que todavía prácticamente nadie se había pronunciado. Por tanto, desde un punto de vista historiográfico el libro entrelaza la síntesis bibliográfica con el análisis histórico y económico reciente rigurosamente basado en fuentes primarias de carácter cuantitativo.

Las claves del análisis de las relaciones hispano mexicanas en el siglo XIX y primera parte del XX giran en torno a la perspectiva y el escenario mexicanos. Tuviron como punto de partida un proceso de independencia muy problemático y de corolario la renuente actitud española al reconocimiento de la misma, así como los intentos de reconquistar su máspreciado territorio colonial, primero, y ejercer una influencia dominante sobre el mismo, después; la idea de instaurar una monarquía en México colocando a un príncipe español en el trono, apoyada por los conservadores mexicanos y también por diversos sectores del liberalismo peninsular, es buen ejemplo de ello.

Las decisiones de la ex metrópoli afectaron fuertemente a la relación de la recién estrenada nación con la comunidad de españoles residente en ella, pues si bien su número se redujo con las sucesivas expulsiones hasta hacerse exiguo, su pasado todavía cercano como clase dirigente colonial, la defensa férrea de sus intereses económicos y su densa red de relaciones políticas los hizo inmiscuirse una y otra vez en la política interna mexicana, lo que añadió un elemento más de inestabilidad al frágil panorama político y a los problemas identitarios del país durante las primeras décadas de existencia republicana. La presencia de mexicanos en España, por otro lado, fue bastante marginal a lo largo del período lo que puede explicar que el escenario principal de estas relaciones sea en todo momento el mexicano.

La indefinición con la que los acuerdos firmados entre ambos países trataron la cuestión de la nacionalidad de los españoles que habían permanecido en México después de la independencia permitió a estos invocar alternativamente la condición de españoles o mexicanos según les conviniera, lo que resultó muy peligroso en el caso de los acreedores de los primeros gobiernos, los llamados agiotistas. La deuda interna, convertida luego en externa y arrastrada por los primeros gobiernos independientes, constituyó otro factor importante de desestabilización que terminó derivando en una intervención militar conjunta de las fuerzas españolas con las inglesas y francesas a principios de la década de 1860. Finalmente, la cercanía mexicana a Cuba y la preocupación española por la seguridad de sus colonias antillanas, así como la actividad de los independentistas cubanos en la vertiente atlántica mexicana proporcionó un último episodio de fricción en la relación de ambos países a fines del XIX. Los desencuentros no fueron a más por el temor mexicano a la influencia que Estados Unidos pudiera ejercer en el Caribe cuando España se retirara de sus últimas posesiones.

A todos estos elementos de inestabilidad se unió una acentuada hispanofobia entre los grupos populares urbanos y rurales que se convirtió a lo largo de los dos siglos que aquí se contemplan en un bajo continuo, alebrestado en ocasiones desde el poder y con picos de tensiones en algunos momentos concretos, como a mediados del XIX con ocasión de las matanzas de españoles en Morelos que llevaron a una crisis di-

plomática entre los dos países. Ello mismo generó también un estado de ánimo muy negativo en España respecto a su antigua colonia como un país violento e inseguro, imagen que extendió en el tiempo y ha llegado hasta nuestros días.

La situación entre ambas naciones no se normalizó hasta la consolidación de la dictadura de Porfirio Díaz, en el último tercio del siglo XIX, un largo período de estabilidad política y crecimiento económico que permitió la resolución de los conflictos bilaterales. Una vez más, aunque los autores no abandonan en ningún momento una narración desde las dos perspectivas, mexicana y española, fueron los cambios políticos mexicanos los que seguirían marcando la relación bilateral. Las pretensiones del gobierno porfiriano de modernizar el país promoviendo la llegada de inmigrantes y capitales del exterior permitieron que la colonia española allí residente creciera demográfica y económicamente por la cercanía al poder. Se solventó el problema de la deuda y España abandonó finalmente sus afanes hegemónicos y veleidades monárquicas respecto a México. Sin embargo, el estallido de la Revolución, que en 1910 acabó con el longevo régimen porfiriano, volvió a tensar las relaciones entre los dos países y afectó gravemente al grupo español. Se renovaron con fuerza los sentimientos hispanófobos, alentados por el recuerdo cercano del dominio colonial y de la connivencia de los empresarios españoles con la camarilla en el poder porfiriano, así como por su posterior apoyo a las fuerzas contrarrevolucionarias y una desacertada actuación de la diplomacia española, especialmente en la crisis política que llevó a la destitución y asesinato del presidente Francisco I. Madero y la posterior dictadura de Victoriano Huerta. Varios cientos de españoles fueron asesinados o expulsados en algunas regiones del país y otros tantos se repatriaron en los años más duros del conflicto, tras los cuales dio inicio un lento proceso de normalización de las relaciones y un acomodo de la colonia española al nuevo régimen revolucionario, favorecido por la devolución de muchas de las propiedades agrarias confiscadas a los españoles y la creación de una Comisión mixta de reclamaciones.

La proclamación de la Segunda República en España en 1931 dio inicio a una etapa de cordialidad en estas relaciones de “carácter pendular” entre ambas naciones, según expresan Sánchez Andrés y Pérez Herrero. En este punto el eje de la explicación vira del contexto mexicano hacia el español de modo que a partir de aquí serán los sucesos españoles los que marquen la pauta en el análisis de las relaciones entre ambos países aunque el escenario mexicano siga siendo el predominante. Los gobiernos mexicanos vieron con este nuevo planteamiento amistoso y cooperador con España la oportunidad de mejorar sus relaciones con el resto del mundo y rebajar la influencia excesiva de los Estados Unidos en sus políticas mientras que la diplomacia española dejó de girar en torno a los intereses del grupo de presión que era la colonia, lo que hasta ese momento había sido habitual. A pesar de ello, los intercambios comerciales entre ambos países, que hasta entonces no habían revestido una especial intensidad, no se incrementaron de manera significativa, aunque sí lo harían las relaciones culturales, alimentadas por redes de intelectuales en las dos orillas ya desde tiempo atrás. La Guerra Civil española significó un nuevo giro en las relaciones de ambos países, pues por primera vez un gobierno mexicano intervendría en la política española, cuando hasta entonces había sido al contrario. Cárdenas daría el apoyo de México al bando republicano sobre todo en el ámbito diplomático y también proporcionándole armas, pertrechos y víveres y actuando como intermediarios de este en las compras de armamento a terceros países.

Tras la victoria del bando franquista en la guerra, el cardenismo abrió las puertas del país a miles de refugiados republicanos y se negó a reconocer al nuevo régimen, decisión que marcaría las relaciones entre los dos países en las décadas posteriores hasta el inicio de la Transición, convirtiéndose en seña identitaria de la política exterior e interior mexicana. La ausencia de relaciones diplomáticas formales no impidió, sin embargo, que los vínculos se establecieran por otros canales y adquirieran bastante estabilidad. Con la transición se abrió una etapa de acercamiento y restablecimiento pleno de lazos diplomáticos, que se intensificaron tras la llegada al poder del partido socialista en 1982 y la entrada de España en la Comunidad Económica Europea cuatro años después. En esos años comenzaron a firmarse tratados de cooperación y amistad y de unas relaciones estrictamente bilaterales se pasó a la multilateralidad. Los gobiernos conservadores españoles acentuaron los acuerdos referidos a seguridad, especialmente en materia antiterrorista y los progresistas estrecharon además los vínculos culturales, académicos y científicos. De este período data también una reactivación del comercio bilateral y las inversiones españolas en México, que a partir de 2008 se han invertido para ver el aterrizaje de múltiples empresas mexicanas en el país aprovechando las oportunidades que la crisis ha abierto a las inversiones externas. En general estos flujos se han multiplicado y se han hecho más complejos en ambas direcciones.

En la primera década del siglo XXI España se convirtió en un país receptor de inmigrantes extranjeros, si bien los mexicanos ocuparon un reducido porcentaje en las cifras de llegada y presentaron un perfil muy diferente que el resto de población latinoamericana asentada en el país, pertenecientes a las clases medias urbanas, con un nivel de estudios medio-alto y con objetivos empresariales o estudiantiles, sobre todo. Los españoles también han seguido yendo a México en el período posterior a la Transición aunque las salidas se han intensificado en los últimos años debido a la crisis, acudiendo a contactos familiares allí residentes o por su cuenta. Su perfil es similar al de los mexicanos llegados a España con una su composición variada que incluye hombres de negocios, pequeños y medianos empresarios, estudiantes y profesores universitarios, aparte, por supuesto, de los turistas.

Por todo lo dicho, no se puede sino dar la bienvenida a este libro e insistir en el notable esfuerzo realizado por sus autores para condensar en poco más de trescientas páginas los casi dos siglos de complejas relaciones entre estos dos países desde múltiples dimensiones de análisis, habilidad, como diría el maestro Alfonso Reyes, de meter la historia de México (y España) en una nuez.

Alicia Gil Lázaro  
Universidad de Sevilla (España)  
agil3@us.es